

troamericanos, ya a partir de 1921-1922 los alemanes empiezan recuperar sus posiciones económicas y políticas en la región. Schoonover demuestra que esta recuperación alemana alcanza un éxito notable en 1920-1925, lo que asombraba a los competidores de Alemania en América central (pp. 176-179). La plena recuperación de la presencia alemana se desarrolla en 1925-1929, cuando el número de las compañías alemanas que operaban en la región, así como el número de inmigrantes alemanes sobrepasó las cifras de 1914 (p. 190). Alemania de nuevo se convirtió en un importante socio comercial de las naciones centroamericanas, monopolizando por ejemplo 35% de las exportaciones guatemaltecas, mientras que Costa Rica consumía 15% de los productos alemanes (pp. 190-191). La competencia alemana en la región se desarrollaba de manera exitosa con otras naciones europeas y sólo los Estados Unidos de nuevo se perfilaban como el competidor número uno para Alemania en la región (p. 197).

El libro está escrito sobre una impresionante base documental, en especial de los archivos europeos y centroamericanos. La bibliografía del trabajo es excelente.

Sin embargo, sería importante mostrar la dinámica de las relaciones alemanas con América central en el contexto de la penetración en América Latina en general, en especial a finales del siglo XIX

y principios del XX. Por lo que toca a las estadísticas, sería recomendable hacer transferencias más comparativas y entendibles, unificándolas en una sola divisa (marco alemán o dólar norteamericano).

De todas maneras, el gran trabajo de Thomas Schoonover merece una excelente valoración gracias a su análisis y a la complejidad del tema, así como a la asombrosa capacidad del autor de someter a una crítica las numerosas fuentes históricas consultadas. El libro, sin duda alguna, sería muy útil para los estudiosos de la historia de las relaciones internacionales y los latinoamericanistas.

Evgueni Dik Dovgiallo
*Universidad Autónoma
 Metropolitana-Iztapalapa*

Georgette, José Valenzuela, *La campaña presidencial de 1923-1924 en México*, México, INEHRM, 1999, 314 pp.

El tema de la participación política en las sociedades modernas es motivo de una amplia discusión, tanto en el terreno de la teoría política como en el análisis histórico. En buena parte de la literatura clásica se ha asociado participación con ciudadanía política, y a ésta con el ejercicio del sufragio. Más aún, en tanto se considera que la ampliación de la ciuda-

dancia política define el tránsito hacia una sociedad democrática, la universalización efectiva del voto se toma como el momento culminante de este proceso. En términos históricos este momento se ubica a comienzos del siglo xx, cuando supuestamente se completó el camino que, a través de sucesivas ampliaciones, habría llevado desde el sufragio restringido, propio del siglo xix, al voto universal masculino. Los casos que se apartan de esta senda son tratados como desviaciones del modelo, como anómalos o imperfectos en la construcción del orden democrático.

Los problemas teóricos que plantea este modelo de participación política son también objeto de debates y, en el terreno del análisis histórico, parece que el camino del tránsito del sufragio restringido al universal fue más la excepción que la regla. Es más, en la arena de la reciente historiografía política, parece existir acuerdo en torno a que el voto era una de las formas de participación política en la vida pública y en la escena política, pero de ninguna manera era la única forma de participación.

La interpretación canónica de este modelo permite explicar por qué, para una buena parte de los analistas políticos y politólogos, México ya cumplió sus primeros noventa años de "tránsito a la democracia". En otros términos, desde que Francisco I. Madero publicó *La Su-*

cesión Presidencial de 1910 hasta las más recientes propuestas de reformas al Código Federal de Instituciones y Procedimientos Electorales, México, entre otras muchas cosas, ha invertido casi un siglo en que la gente vote, en que los votos cuenten y en que se cuenten bien.

Sobre la densidad histórica de esta prolongada "transición" se carece de estudios sistemáticos, y en este sentido, el libro de Georgette José, a partir de un estudio de caso, permite explorar aristas hasta ahora desconocidas de la historia política del siglo xx mexicano.

La campaña presidencial de 1923-1924 en México es una buena muestra de que su autora comprende lo que a mi juicio constituye uno de los fundamentos de nuestra disciplina: la supremacía de los hechos. La materia prima de este libro son hechos y son hechos verificables. Sólo así creo posible que nuestra profesión sea capaz de cumplir una de sus principales funciones: destruir mitos. Y en efecto, Georgette José realiza una tarea de zapa frente a la mitología subyacente en la historia política de la inmediata posrevolución.

Para la historia del cuatrienio obregonista el libro se erige como un esfuerzo pionero en el estudio de los partidos políticos, de la legislación electoral, de las prácticas legislativas y, por supuesto, de la puesta en marcha de una campaña electoral. Estos temas son objeto de

una disección en profundidad, que pone de manifiesto la existencia de un muy rico y complejo juego político que existió con elevadas cuotas de autonomía ante lo que se ha considerado la voluntad omnímoda del Caudillo.

¿Cómo se construye un orden político de carácter nacional y sede necesariamente urbana, con actores de origen regional y fuentes de legitimación enraizadas en el medio rural? No olvidemos que en México hubo una guerra, que ésta se desarrolló básicamente en el campo, que del campo salieron los contingentes y también los principales reclamos. Las reglas de la guerra son distintas de las de la política, aunque por momentos se confundan, y esas reglas eran las que el Caudillo y sus seguidores debieron domesticar. De ello también da cuenta el libro. El caudillo, heroico, épico, creó la ley, se puso por encima de ella, pero por momentos debió cumplir o simular su cumplimiento. La autora explica normas de selección de un candidato a la presidencia, estrategias electorales, abunda en los contenidos de las plataformas programáticas, hace alusión a las candidaturas de diputados, y finalmente se detiene en la ingeniería electoral: el padrón, los distritos, los funcionarios, las casillas, las credenciales y hasta la papelería electoral es objeto de un examen cuidadoso.

A diferencia de otras revoluciones, la mexicana tuvo la peculiaridad de que

primero se hizo y después fueron escritos los programas. Ninguna teoría política la precedió, en realidad fue un auténtico alzamiento popular en busca de una vida mejor, sin que se supiera exactamente en qué consistía ni con qué medios alcanzarla. Fueron los sonorenses quienes se dieron a esta tarea. Ante la orfandad de referentes teóricos, resulta esclarecedora la apropiación que hizo el naciente callismo de una fraseología socializante acorde con todo un clima de época. Tras el "bolcheviquismo" de Calles, es fácil reconocer el reclamo social de un pueblo que se levantó en armas. La tierra, la fábrica, la escuela y la Iglesia fueron motivo de acaloradas polémicas. Estas cuestiones devinieron en banderas partidarias, que se desplegaron hasta cubrir por completo el eslabón más débil del naciente orden político: la sucesión presidencial. El libro aclara estos asuntos. La distancia entre De la Huerta y Calles no sólo estuvo marcada por el tamaño de sus respectivos narcisismos, sino que, además, hubo proyectos y programas enfrentados. La cuestión de los Artículos 27 y 123 constitucionales resulta definitoria según demuestra la autora.

Una amplia gama de personajes son puestos en escena. Destaca el trabajo de investigación en torno a la figura de Jorge Prieto Laurens. Una extraordinaria capacidad de liderazgo permitió que en un corto tiempo su partido alcanzara di-

menciones impresionantes. El ascenso del Cooperatista cambia el juego legislativo, incide en el gobierno del Distrito Federal y alienta o conduce procesos políticos en buena parte de los estados centrales del país. Prieto Laurens juega y lo hace bien. El escenario político simúlase inclusivo, hay un rico debate parlamentario, la opinión pública expresada en la prensa diaria confirma este diagnóstico. Pero el entonces gobernador electo de San Luis desafió al Caudillo. En el proceso de nominación del candidato presidencial no hay lugar para todos. La ruptura era tan inevitable como el enfrentamiento armado.

En efecto, cuando todavía los conflictos políticos se dirimían en los campos de batalla, la autora estudia la primera gran campaña electoral y su articulación con la última gran rebelión armada. Balas y votos como las vías por donde fluye la política mexicana en la primera mitad de los años veintes. Los episodios de una campaña presidencial antes y después del alzamiento delahuertista, abren paso a un resultado electoral que a nadie sorprende. Tal es la confianza de Calles que decide embarcar rumbo a Europa antes de conocer el veredicto de las urnas.

La indignación concluye con el triunfo callista. Cuatro años después el asesinato de Obregón obligó a introducir correctivos en el naciente sistema político. Georgette José no avanza sobre este

proceso. Sin embargo, su investigación arroja luz sobre los mecanismos que hicieron posible aquel lejano antepasado del Revolucionario Institucional. Calles y los callistas capitalizaron la experiencia partidaria de la campaña de 1923. En buena medida, el PNR recoge restos atomizados regional y localmente de lo que habían sido los primeros grandes partidos nacionales de la posrevolución: el Liberal Constitucionalista, el Cooperatista, el Agrarista, el Laborista. El libro informa sobre la suerte de estas organizaciones, pero también rescata del olvido una larga lista de partidos locales, al tiempo que devela prácticas "confederativas", y sistemas de alianzas entre las organizaciones partidarias, que sin lugar a dudas se hicieron presentes en 1929, cuando el Caudillo y su sombra habían desaparecido.

Se trata entonces de un recorrido por la prehistoria del sistema político mexicano. La organización, funcionamiento y actuación de los partidos políticos en la campaña electoral que condujo a la presidencia a Calles es objeto de un análisis que trasciende la coyuntura de 1923-1924. La investigación se interna en un territorio poco visitado por los historiadores: en concreto, indaga la relación entre el poder caudillista y el conjunto de intereses depositados en las organizaciones partidarias de cuño urbano.

Y esto último marca uno de los límites del trabajo, se trata de una historia

que se desenvuelve en el medio ciudadano. Básicamente en la ciudad de México, núcleo político por excelencia. Se achacará la culpa a la inexistencia o difícil acceso de las fuentes documentales. Es cierto, si se conservaran los padrones electorales y las planillas de conteo otras serían las posibilidades de reconstrucción histórica. Sin embargo, parece pertinente señalar que ni las planillas ni el padrón podrían ayudarnos a rehacer formas de participación política que, sobre todo en el medio rural, transitaba por caminos mucho más impermeables a una legislación e incluso a una voluntad que pregonaba la universalidad del voto.

El México de los veinte es mayoritariamente rural, pero una vez concluida la revolución la ciudad vuelve a imponer las formas de la convivencia social, vuelve a imponer un particular uso del poder. El libro aborda este asunto, rastrea parcialidades de una opinión pública que necesariamente es urbana, y que por hábito, por educación o por necesidad, apoya directa o indirectamente el ejercicio del poder en vías de institucionalizarse, aún cuando algunos de sus sectores se opongan circunstancialmente a quienes lo detentan.

En síntesis, es un trabajo valioso que seguramente será obra de consulta obligada para todos aquellos interesados en la gestación de los procesos político-electorales. Es un libro que propone ideas

novedosas desplegadas a través de una sólida organización expositiva y una correcta redacción, cuestión esta última que resulta digna de agradecimiento.

Pablo Yankelevich
*Instituto Nacional
de Antropología e Historia*

Humberto Morales y William Fowler (coords.), *El conservadurismo mexicano en el siglo XIX (1810-1910)*, México, UAP/University of Saint Andrews/Gob. del Edo. de Puebla, 1999, 335 pp.

Durante siglos la historia de la humanidad la han escrito los vencedores, aquellos que lograron encumbrarse en el poder y que requieren un arma ideológica para legitimar su dominación, para convencer al pueblo de que ellos son, en efecto, la mejor opción para guiar sus destinos; y de que, por consiguiente, los vencidos deben ser repudiados y, al paso del tiempo, olvidados.

A partir de 1929, con la influencia de la Escuela de los Anales, la historiografía en general y la historiografía mexicana en particular se han dado a la tarea de rescatar la historia de quienes, por una u otra causa, han sido condenados a permanecer como una parte insignificante y poco representativa de la época que protagonizaron. Tal ha sido el caso de los conservadores mexicanos del siglo XIX.